



2. 1934. Nuestra Comuna

El Octubre catalán: una revolución multiforme

Pelai Pagès. Universidad de Barcelona

El Octubre catalán ha pasado a la historia –y este ha sido el mensaje que se ha ido reproduciendo a menudo de manera muy poco crítica– como una insurrección básicamente nacionalista, protagonizada por el presidente de la Generalitat de Catalunya, cuando Lluís Companys la tarde del 6 de Octubre de 1934 proclamó el Estado Catalán de la República Federal Española. Pero mucho más allá de este hecho estricto, los días y las semanas anteriores al 6 de octubre la sociedad catalana vivía inmersa en enormes contradicciones, dentro de las cuales un importante sector del movimiento obrero catalán estaba desarrollando un significativo papel.

Las causas específicas del Octubre catalán

Como en Asturias, como en el resto del territorio republicano, el detonante de los acontecimientos del 6 de octubre en Cataluña fue la entrada en el gobierno republicano presidido por Alejandro Lerroux, de Gil Robles, el representante de la derecha pura y dura, cuyo republicanismo era más que discutible. Con Gil Robles en el gobierno se concretaba la amenaza de un proceso involucionista que, tal y como había acaecido en Alemania, podía conducir al fin del régimen republicano y democrático y al desarrollo de formas totalitarias de poder. No era por casualidad que Hitler había llegado al poder en enero de 1933 –no hacía ni dos años– a partir de las urnas. Y la experiencia nazi de Alemania se hallaba muy presente en la evolución de la República española. De hecho, las alarmas se habían disparado ya un año antes, cuando las elecciones de noviembre de 1933 dieron el triunfo a las derechas y, aunque entonces la CEDA, el partido de Gil Robles, no entró en el Gobierno, formado exclusivamente por el Partido Radical de Lerroux, éste dependía de los apoyos parlamentarios de la CEDA para gobernar.

Como consecuencia de la gravedad del momento que se estaba viviendo, el mismo mes de diciembre de 1933 en Cataluña se inició el proceso de formación de las Alianzas Obreras, que progresivamente fueron extendiéndose por el conjunto del territorio republicano. Las Alianzas Obreras, impulsadas básicamente,

“Pero lo más significativo fue que cuando Companys, al día siguiente, proclamó el Estado Catalán de la República Federal Española, en muchas poblaciones y ciudades de Cataluña se había proclamado ya la República Catalana. Y en las comarcas catalanas la dimensión social de la revolución era más que evidente”

en su etapa inicial, por el Bloque Obrero y Campesino, quisieron ser la respuesta de clase a la amenaza de un movimiento fascista que ya estaba haciendo estragos en distintos países europeos y ahora también amenazaba a la República española. Por esta razón, en sus inicios, sólo la CNT –mayoritaria en Cataluña, pero que ya había sufrido la importante escisión trentista– y el minúsculo Partido Comunista, se mantuvieron al margen del movimiento unitario. E incluso organizaciones como la Unió Rabassaires –el emblemático movimiento sindical de los campesinos catalanes– y la socialdemócrata Unió Socialista de Catalunya, que compartía el gobierno catalán con Esquerra Republicana, formaron parte de ella,

aunque más tarde se desmarcaron. Desde diciembre de 1933 hasta octubre de 1934 la Alianza Obrera catalana mantuvo una actitud expectante en todo el proceso político que se produjo a lo largo de los meses siguientes y, como veremos, acabó jugando un importante papel en las jornadas de octubre.

Porque, ciertamente, en plena crisis económica mundial, provocada por el crack de 1929, el movimiento obrero en el conjunto del Estado español era muy consciente de que el desarrollo de la crisis sólo podía provocar un estallido revolucionario o una vuelta de tuerca hacia una de las propuestas totalitarias que se estaban planteando en el panorama europeo y mundial. El fracaso del bienio reformista republicano, que dejó inconclusas las reformas sociales y políticas que habían prometido los líderes republicanos y provocó una enorme frustración entre numerosos sectores de las clases populares, dejaba abierta esta doble posibilidad: de hecho desde el día después a la proclamación de la República, no habían faltado conspiraciones de la derecha y la extrema derecha española en contra de la República, mientras, para el movimiento obrero, o al menos para amplios sectores de la clase obrera, el fracaso de la reforma dejaba abierto el camino a la revolución.

En este marco, en Cataluña a partir de noviembre de 1933 se estaba viviendo una situación harto peculiar, con un gobierno de la Generalitat en manos de la izquierda –a principios de enero de 1934 Lluís Companys asumía la presidencia de la Generalitat, tras el fallecimiento de Francesc Macià el día de Navidad de 1933– mientras el gobierno de Madrid pasaba a estar controlado por una derecha que históricamente se había manifestado en contra de las reivindicaciones nacionales catalanas. Cabe recordar no sólo el origen anticatalanista del lerroxismo, surgido

en Barcelona durante la primera década del siglo, sino que además el tema catalán había sido uno de los pretextos –junto a la reforma agraria y al anticlericalismo– que la derecha estaba utilizando para hacer agitación en contra de la República. Era el sempiterno miedo a la “España rota” que la derecha españolista y centralista llevaba instrumentalizando desde hacía años.

En los meses anteriores al 6 de octubre de 1934, la contradicción entre los dos gobiernos se focalizó en torno a la iniciativa legislativa que desarrolló el Parlamento catalán cuando aprobó la *Llei de Contractes de Conreu* –Ley de Contratos de Cultivo– una ley que aún siendo muy respetuosa con la propiedad de la tierra, pretendía satisfacer las reivindicaciones históricas de los *rabassaires* catalanes, los campesinos que, sometidos a los contratos de *rabassa morta*, habían visto peligrar su situación a raíz de la crisis vitivinícola que se produjo a finales del siglo XIX. De manera paradójica, la industriosa Cataluña veía como a lo largo de los primeros meses de 1934 la cuestión agraria pasaba a ocupar un primer plano en las contradicciones sociales que afectaban a la sociedad catalana.

Porque, ciertamente, cuando en abril de 1934 el Gobierno catalán promulgó la Ley que unos días más tarde fue aprobada por el Parlamento catalán se produjo una movilización sin precedentes de la Lliga Catalana –el partido de la burguesía catalana– y del Institut Agrícola Català de Sant Isidre, la organización de la patronal agraria. Ambos cuestionaron la legalidad de la Ley porque consideraron que el Parlamento catalán no estaba facultado para legislar en materia social. Y presentaron recurso de inconstitucionalidad ante el Tribunal de Garantías Constitucionales de la República, que en aquel momento estaba bajo el control de magistrados conservadores. Así pues, el tema crispó no sólo a la sociedad catalana –campesinos contra propietarios– sino que supuso un *tour de force* institucional entre el Parlamento y el Gobierno catalanes y las instituciones republicanas. De hecho entre el Gobierno catalán y el republicano se habían producido ya otros contenciosos, que progresivamente fueron agudizando las contradicciones intergubernamentales con el paso de los días.

La política antirreformista del Gobierno republicano, con la paralización de la aplicación de la reforma agraria, el enrarecimiento progresivo de la situación social a medida en que avanzaba también en España la crisis del capitalismo, el contencioso entre los Gobiernos catalán y republicano, el miedo a una involución política, acabaron provocando tanto en Cataluña como en el conjunto del territorio republicano un proceso de radicalización creciente entre los sectores populares que acabó estallando los primeros días de octubre de 1934.

El 6 de Octubre desde el Palau de la Generalitat

Desde que el día 4 de octubre se dio a conocer la formación de un nuevo gobierno de la República presidido por Alejandro Lerroux, que daba entrada a tres ministros de la CEDA, la crispación recorrió todos los rincones de la geografía española. Era –como ya he señalado– la concreción de la amenaza involucionis-

ta. Pero, a pesar de que el gobierno de la Generalitat había previsto una eventualidad parecida y, si hemos de creer al consejero de la Gobernación, Josep Dencàs, desde el verano tenía organizada una insurrección destinada a defender el autogobierno, la actitud del gobierno catalán fue de extraordinaria prudencia **1**. Hasta el punto que cuando el viernes día 5 la Alianza Obrera declaró una huelga general en toda Cataluña –acorde con la huelga que los socialistas habían declarado en el conjunto de España– la Generalitat hizo un llamamiento a la calma y a la serenidad. El discurso que Companys pronunció por radio a la una y media de la tarde del día 5 de octubre no dejaba lugar a ninguna duda:

El Gobierno de la Generalidad de Cataluña, ante la expectación y la inquietud que produce en el pueblo la situación general de España, ha de decir que no le extraña esta expectación, pero que es preciso que no se desborde en tumultos ni violencias de clase alguna ni con iniciativas fuera de su mando.

El Gobierno se hace cargo de sus responsabilidades y de su derecho y en cada momento marcará la dirección de los acontecimientos con la asistencia y disciplina del pueblo, que el Gobierno ha de conservar para la mejor eficacia en defensa de las libertades de Cataluña y de las esencias democráticas de la República.

El Gobierno espera y confía que no se verá en el deber de tener que imponer su autoridad, porque la confianza que el pueblo le tiene es garantía plena de su conducta. Cada dos horas, y siempre que haga falta, el Gobierno, por medio de la radio comunicará con los ciudadanos.

En el momento actual el Gobierno pide y exige a todo el mundo que se abstenga de actos y gestos que puedan perturbar la vida de Cataluña y que estén atentos a su voz. ¡Salud, Catalanes! **2**.

Y esta actitud se mantuvo aún durante muchas horas, incluso cuando, entrado ya el sábado, día 6, llegaban las noticias sobre la revolución asturiana. No eran pocos los demócratas y republicanos españoles que estaban a la expectativa de cual sería la reacción del gobierno de la Generalitat. El tópico de “*Cataluña, baluarte de la República*” resurgía con fuerza y como para justificar la actitud que finalmente adoptó Companys, el periodista madrileño Gómez Hidalgo, amigo del presidente catalán, en su libro sobre los acontecimientos de octubre, publicó textualmente los telegramas en que todos los partidos republicanos españoles, desde la Izquierda Republicana de Azaña hasta el Partido Republicano Conservador de Miguel Maura rompían toda solidaridad con las instituciones republicanas al considerar que habían sido desnaturalizadas con la entrada de la CEDA en el gobierno **3**. Pero el

1/ Dencàs, el tan vilipendiado consejero de la Gobernación del gobierno catalán, hizo una detallada descripción sobre la organización del movimiento revolucionario por parte de la Generalitat, desde los inicios del verano hasta el 6 de octubre. Habló de la existencia de un Comité Técnico, encargado de poner en funcionamiento el movimiento y de un Comité revolucionario formado a principios de julio por todas las organizaciones políticas nacionalistas de Cataluña, exceptuando, claro está, la Lliga. Según la versión de Dencàs la Generalitat no sólo no improvisó el movimiento sino que lo organizó clandestinamente, mientras Companys y otros consellers del Gobierno lo preparaban psicológicamente con sus discursos exaltados contra Madrid. Ver Dencàs, J. (1935) *El 6 d'octubre des del Palau de Governació*. Barcelona: Ed. Mediterrània.

2/ Ver la versión original del discurso en *La Vanguardia* del día 9/ 10/1934.

gobierno catalán y su presidente no reaccionaron hasta las 8 de la noche del día 6 de octubre, cuando, finalmente, desde el balcón del Palacio de la Generalitat en la Plaza de la República, proclamó, al mismo tiempo el Estado Catalán y la República Federal Española, con unas palabras que ya han pasado a la historia:

Catalanes: Las fuerzas monarquizantes y fascistas que de un tiempo a esta parte pretenden traicionar la República, han logrado su objetivo y han asaltado el Poder. Los partidos y los hombres que han hecho públicas manifestaciones contra las menguadas libertades de nuestra tierra, los núcleos políticos que predicán constantemente el odio y la guerra a Cataluña, constituyen hoy, el soporte de las actuales instituciones.

(...) En esta hora solemne, en nombre del pueblo y del Parlamento, el Gobierno que presido, asume todas las facultades del Poder en Cataluña, proclama el Estado Catalán de la República Federal Española y al establecer y fortificar la relación con los dirigentes de la protesta general contra el fascismo, les invita a establecer en Cataluña, el gobierno provisional de la República, que hallará en nuestro pueblo catalán el más generoso impulso de fraternidad en el común anhelo de edificar una República Federal libre y magnífica **14**.

Es conocido que, a partir de estos momentos los acontecimientos fueron muy rápidos: la negativa del capitán general de Cataluña, el catalán Domènec Batet –que Franco fusiló al estallar la guerra civil, en julio de 1936–, a cumplimentar la decisión del presidente de la Generalitat, fue seguida de la proclamación del Estado de Guerra, y mientras las fuerzas del ejército salían a la calle, no aparecían por ninguna parte las fuerzas militares –los famosos *escamots* que había adiestrado Dencàs– capaces de defender al nuevo Estado Catalán. Aislado en el edificio de la Generalitat, rodeado por fuerzas del ejército, el gobierno catalán, acababa rindiéndose en la madrugada del domingo día 7 de octubre. Con lo cual el Octubre catalán terminaba en el más absoluto fracaso.

El 6 de Octubre de la Alianza Obrera

Pero en Cataluña no todos los acontecimientos pasaron por la Plaza de la República –la actual Plaza de Sant Jaume– y por el Palacio de la Generalitat. En Barcelona, detrás del gobierno de la Generalitat, y en numerosas ocasiones delante, se situaron los hombres de la Alianza Obrera y fuera de la capital catalana, en la mayoría de los casos el protagonismo corrió a cargo de los hombres de la Alianza Obrera e incluso militantes de la CNT –que oficialmente se había inhibido de los acontecimientos– participaron en los hechos.

Ya he señalado que el día 5 la iniciativa de convocar la huelga general revolucionaria corrió a cargo del Comité de la Alianza Obrera, que consiguió que la huelga fuera un éxito en toda Cataluña e incluso en Barcelona, tradicional feudo del movimiento anarcosindicalista. Y el mismo día 5, los hombres de la Alianza

3/ Ver Gómez Hidalgo, F. (1935) *Cataluña-Companys*. Prólogo de Azorín. Madrid: Librería Enrique Prieto. Ver especialmente las págs. 24-29.

4/ Versión de la *La Vanguardia*, 9/10/1934.

Obrera organizaron manifestaciones reclamando al gobierno de la Generalitat la proclamación inmediata de la República Catalana. Pero los hechos de Barcelona estuvieron mediatizados por la propia presencia del gobierno de la Generalitat. Y muy pronto se puso de manifiesto la incapacidad de la Alianza Obrera de romper la dinámica que impuso el gobierno catalán. A pesar de las reiteradas entrevistas que una delegación de la Alianza mantuvo con Companys, de la solicitud de armamento que reclamaron los obreros para defender la República Catalana, el presidente catalán no cedió en las pretensiones de los aliancistas. Como ha contado Víctor Alba, uno de los delegados que visitó a Companys el día 5 informó de la reunión con los siguientes términos: “*Hemos conminado al gobierno a proclamar la República Catalana y le hemos dicho que si él no lo hace, lo hará la Alianza Obrera. Hemos pedido armas. Se nos ha dicho que mañana se adoptará una decisión y que si las circunstancias lo aconsejan, se darán armas... La alianza ha concedido este margen de confianza, pero si ve que se duda, proclamará la República Catalana y llamará al pueblo a defenderla*” **15**.

Pero lo más significativo fue que cuando Companys, al día siguiente, proclamó el Estado Catalán de la República Federal Española, en muchas poblaciones y ciudades de Cataluña se había proclamado ya la República Catalana. Y en las comarcas catalanas la dimensión social de la revolución era más que evidente. Abundan los testimonios coetáneos que, desde distintas posiciones ideológicas, así lo indican. Aymami i Baudina, por ejemplo, que entonces militaba en Esquerra Republicana, planteaba, con mucha claridad, que “*fuera de Barcelona, en los sitios donde hay núcleos obreristas importantes, el movimiento revolucionario fue más allá de lo que querían y se proponían los dirigentes. Fue más allá y triunfó (...) de manera relativamente llana. Esto quiere decir que el espíritu popular aspiraba a una renovación mucho más amplia, mucho más a fondo que la propugnada desde la Generalitat*” **16**. Y un autor como Àngel Estivill, que entonces militaba en el Bloque Obrero y Campesino y publicó una obra que representa una reivindicación de la actuación de la Alianza Obrera, recogía de manera entusiástica las noticias que llegaban de fuera de Barcelona según las cuales los obreros se habían adueñado de la situación en ciudades como Lérida, Sabadell, Vilanova i la Geltrú –donde se proclamó la República Socialista–, etc **17**. Autores mucho más conservadores, como los periodistas vinculados a la Lliga, Costa i Déu y Modest Sabaté en el libro que publicaron centrado en las comarcas catalanas, destacaban sin paliativos que “*los hechos acaecidos en las comarcas fueron esencialmente sociales*” **18**.

Estaba clara, pues, la dicotomía que existió entre la estrategia de l’Esquerra Republicana y la de la Alianza Obrera, y no deja de ser significativo que fuera de

5/ Alba, V. (1978) *La Alianza Obrera. Historia y análisis de una táctica de unidad en España*. Madrid: Ed. Júcar, pág. 153.

6/ Aymami i Baudina, L. (1935) *El 6 d’octubre tal com jo l’he vist*. Barcelona: Ed. Atena., pág. 180. Traducido del catalán.

7/ Ver Estivill, À. (1935) *6 d’octubre. L’ensulsiada dels jacobins*. Barcelona: L’Hora., pág. 145.

8/ Costa i Déu, J. y Sabaté, M. (1936) *La veritat del 6 d’octubre..* Barcelona: Imprenta Clarasó, págs. 15-16.

Barcelona la resistencia de muchas localidades se mantuvo unos días después de la rendición de la Generalitat. Incluso un grupo de hombres armados de la Alianza intentó una inútil resistencia encaminándose por la carretera de l'Arrabassada hasta Sant Cugat. Mientras, las armas que abandonaron los *escamots* de Dencàs, tras su inexistente resistencia, eran recogidas por los obreros y, convenientemente escondidas, volvieron a salir a la calle en julio de 1936.



Barcelona. Ramblas

Hacia la segunda revolución

Los acontecimientos del Octubre catalán, con la secuela represiva que desencadenaron, plantearon inevitablemente un cambio de rumbo en la evolución de la República. Entre otras razones, porque la insurrección catalana no podía desvincularse de la dinámica que había alcanzado la lucha de clases en el conjunto del Estado español. Sobre todo desde el momento en que había empezado a mitificarse la revolución asturiana, como paradigma y modelo a seguir. De aquí que la perspectiva apuntase ya hacia una futura revolución proletaria. Era evidente que el fracaso de la opción reformista y el triunfo momentáneo de la contrarrevolución, otorgaba a la clase obrera un papel crucial en el futuro inmediato. Andreu Nin, a finales de 1934, reflexionaba sobre las prioridades planteadas en España:

La libertad que anhelan las nacionalidades oprimidas, y las mejoras de los proletarios y campesinos españoles no las puede otorgar la oligarquía dominante porque implicaría su derrota. El pan que pide el ejército de los sin trabajo no lo puede dar el Estado burgués agrario, porque la penuria es el resultado de su polí-

tica explotadora. La tierra que reclaman millones de campesinos, no quieren entregarla los terratenientes, lo mismo que se niegan a conceder todo aquello que signifique un ataque a la propiedad privada, base de su dominación **19**.

Y reclamaba la creación de un partido capaz de dirigir a la clase obrera hacia el triunfo de su revolución.

Cuando en 1935 Joaquín Maurín publicó *Hacia la segunda revolución*, dejaba muy claro que la revolución que tenía pendiente España sólo podía tener una vertiente claramente obrera. De hecho, la ruptura social y política que había representado Octubre de 1934 anunciaba en toda su dimensión la revolución proletaria que acabó estallando de manera implacable en julio de 1936. La insurrección de los militares, con el pretexto de querer evitar la revolución social, acabó provocándola.

Pelai Pagès es historiador. Profesor de la Universidad de Barcelona

9/ Nin, A. "Las lecciones de la insurrección de Octubre. Es necesario un partido revolucionario del proletariado", *L'Estrella Roja*, 1/12/1934. Puede consultarse en A. Nin (2008) *La revolución española (1930-1937)*. Barcelona: El Viejo Topo, págs. 201-205.



3. 1934. Nuestra Comuna

"Madrid no era Asturias, aquí apenas había armas" *

Entrevista a Enrique Rodríguez

[Enrique Rodríguez, el protagonista de esta entrevista es un revolucionario de toda la vida, militante del POUM y un amigo entrañable de nuestro partido (la LCR). Fue dirigente de la organización de Madrid de las Juventudes Comunistas hasta que rompió con ellas a finales de 1933, adhiriendo a la Izquierda Comunista (IC). La razón fundamental de su ruptura fue el sectarismo de los estalinistas de la época y la voluntad de Enrique, junto a un puñado de revolucionarios más, de luchar por el Frente Único Obrero, cuya ausencia había provocado unos meses antes la tragedia de Alemania.

* Entrevista realizada por J. Babiano y M. Romero el 11 de octubre de 1984.
Publicada en *Inprecor* n° 40. Noviembre de 1984.